

ÉTICA DE LA VERDAD Y DE LA MENTIRA

ETHICS OF TRUTH AND FALSEHOOD

ÉTICA DA VERDADE E DA FALSIDADE

*Miguel Catalán**
Universidad Cardenal Herrera

Recibido: 03/03/2015

Aceptado: 04/03/2015

SEUDOLOGÍA VI¹

*También entre las mentiras hay dos tipos:
las buenas y las malas*
Werner Sprenger, Wahrheiten über die Lüge

Debo empezar este libro con un recuerdo personal. En el primer curso de mi vida docente, hace de esto casi treinta años, pedí a mis alumnos un trabajo escrito sobre la novela *El hombre invisible* de Herbert George Wells. Al corregir aquellas tareas escolares di con una cuya conclusión me debió de intrigar, porque la consigné en mi cuaderno de notas. Refiriéndose a las tropelías del protagonista, el invisible Griffin, mi alumno concluía su escrito diciendo: “Este hombre robaba, mataba y llegaba hasta a engañar”.

El lector no debe alarmarse si ha tenido que leer dos veces la frase para sonreír, pues lo mismo le ha ocurrido a la mayoría de los lectores del borrador de este libro. La tardía respuesta a la extravagante idea de que engañar a alguien es peor que asesinarlo no se debe a ningún déficit de atención o comprensión, sino al hecho de que el horror teórico ante la mentira forma parte del sentido común de nuestra civilización en grado semejante al que suscitan el robo y el

asesinato. Entre estos y aquella, sin embargo, media un abismo cuya profundidad no cesa de aumentar cuanto más nos asomamos a él; pues resulta tan lógico que nos horrorice el robo y el asesinato a quienes nunca robamos ni asesinamos como ilógico que nos horrorice la mentira a quienes mentimos varias decenas de veces al día.

Si el número diario de falsedades deliberadas de una persona socialmente activa se cuenta por decenas,² ¿cómo es que todo el mundo participa de idéntica repulsión hacia la ‘sola idea’ de la mentira? Mi antiguo alumno adolescente, que a esa altura de su vida ya habría dado numerosas excusas falaces a sus padres por distintos motivos, no es una excepción sino en la forma ingenua de expresar la creencia compartida. Pues a la pregunta “¿cuándo podemos mentir?” hemos respondido desde tiempo inmemorial: Nunca.

Nadie confiesa tratos con la mentira y todo el mundo se muestra ajeno por completo a su influjo, hasta

* Ensayista y escritor. Licenciado y Doctor en Filosofía Pura, Universidad de Valencia. Su principal proyecto de investigación gira en torno a las implicaciones filosóficas, morales y políticas del engaño y la mentira. Docente de la Universidad Cardenal Herrera, Valencia, España.

1 El presente texto constituye un fragmento de la obra inédita *Ética de la verdad y de la mentira*, el cual ha sido cedido gentilmente por el autor.

2 Vid., por ejemplo, Feldman, Forrest y Happ 2002 o Jellison 1977.

el punto de que una sola insinuación en sentido contrario supone el peor de los insultos. Como ya señalé en el volumen segundo de este tratado, la mera acusación indirecta “Eso es mentira”, resulta tan ofensiva que ha dado paso a eufemismos del tipo de “eso es incierto”, “es inexacto”, “es erróneo”, “no responde a la verdad” o “no es exactamente así”, como si lo dicho en falso no pudiera atribuirse a la voluntad del hablante sin acusarlo de una infamia. Por tal motivo, la mentira aparece en las encuestas como el más abominable de los vicios y el que más odia el encuestado.

Muchos siglos después de que los teólogos elevaran la veracidad a la categoría de deber perfecto, es decir, sin excepciones lícitas, la prohibición absoluta de mentir se manifiesta de múltiples maneras aun hoy día a nuestro alrededor en flagrante desacuerdo con la práctica habitual del propio sujeto: desde el “yo nunca miento” que se oye con tanta frecuencia entre dos mentiras hasta el “siempre hay que decir la verdad” que se enseña a los niños después de engañarlos con los rumbosos Reyes Magos, la cigüeña portadora de bebés o el Cielo de los Gatos a donde van las mascotas al dormirse para siempre. En la cultura popular los héroes nunca mienten, y cuando Superman explica en el balcón a la asombrada Lois que ha venido al mundo a defender “la verdad, la justicia y el modo de vida americano” (*I’m here to fight for truth, and justice, and the American way*) (Rosenberg 2011), Lois bromea con su salvador, pero al poco Superman le espeta muy serio: “Lois, yo nunca miento”. Es una pena que la vida entera de Superman responda a una impostura; que Clark Kent finja ante sus propios amigos carecer de superpoderes y que deba ocultarse en cabinas de teléfono u otros lugares más sórdidos cuando cambia de personalidad. Nadie sabe dónde guarda Superman la ropa de calle (su pantalón y camisa, sus zapatos y calcetines de diario) antes de salir volando con las manos libres desde la cabina en su soberbio traje azul ceñido por el cinturón amarillo y su roja capa a juego con las botas, pero ese escamoteo del modesto atuendo diario del impostor Kent no deja de ser una metáfora de cómo la visión épica de nuestra propia veracidad intemporal barre bajo la alfombra del guión las humildes mentiras que nos ayudan a salir adelante cada día.

Dado que solemos concebir como intrínsecamente malas aun las mentiras más inocentes, la mayoría solventa la angustia que le ocasionan sus pequeños o medianos embustes con el autoengaño: es así como al decir una mentira casi todo el mundo cree no haber mentido. Con ello miente dos veces; la primera acaso por delicadeza, como al declarar excelente un plato sólo aceptable, y la segunda engañándose a sí mismo al pensar que no fue mentira, “puesto que no ha hecho daño a nadie”. Como si toda mentira fuera dañina y no se fingiera a veces por motivos altruistas, piadosos y hasta heroicos.

El equipo de investigación dirigido por el psicólogo de la Universidad de Massachusetts Robert Feldman grabó hace unos años conversaciones de estudiantes que hablaban entre sí por primera vez. Se les dijo que participaban en un estudio sobre la interacción de las personas recién presentadas.

En una segunda fase, el equipo de Feldman les pasó su grabación respectiva pidiéndoles que identificaran sus afirmaciones falsas. Los más indicaron con antelación que no les hacía falta oírse a sí mismos, pues ellos siempre decían la verdad. Luego manifestarían su asombro al oír de sus propias bocas una mentira tras otra cada poco más de tres minutos.

Un estudiante había asegurado que acababa de firmar un inexistente contrato discográfico, pero la mayoría de embustes eran de poca monta: “Cuando estaban viéndose a sí mismos en el video”, explicó Feldman en una entrevista posterior, “encontraron que mentían mucho más de lo que pensaban que mentían” (Feldman, Forrest y Happ 2004, 3-4 y Moskowitz 2010, 147).

Entre las decenas de mentiras que pronuncia cada persona al día figuran las más blancas y comunes: “Encantado de conocerlo”, “Estoy estupendamente”, “Nos llamamos”, junto a otras benignas: “eso carece de importancia”, defensivas: “no veo televisión” u ofensivas: “no me interesa lo que diga”. Pero los hablantes creen en su gran mayoría que no están mintiendo “de verdad” debido a la falsa creencia compartida en virtud de la cual toda mentira es intrínsecamente maligna.³ De aquí procede la

3 Vid. Catalán 2014, 13-38.

autoimagen tan frecuente del sujeto como una persona absolutamente sincera.

Una víctima del rigor de la mentira, Samuel Johnson, exponía esta paradoja observando que ningún vicio despierta una repulsa tan amplia: el corruptor de la inocencia virginal se ve admirado por los hombres y no tan detestado por las mujeres como pudiéramos suponer; el beodo encuentra con facilidad compañeros para sus incoherentes brindis y ruidosas alegrías; hasta el ladrón y el asesino tienen seguidores que admiran su osadía y argucias. Pero el mentiroso... “sólo el mentiroso es universalmente despreciado, abandonado y repudiado: carece de consuelos domésticos que pueda oponer a la censura de la humanidad” (Johnson 1825, 21-25). Y no obstante, observa Johnson, ocurre algo pasmoso: aun cuando sería natural esperar que apenas nadie cometiera un crimen tan generalmente detestado, sucede justo al contrario: “la verdad es violada con frecuencia”. ¿Cómo ha llegado nuestra civilización a aunar de forma tan asombrosa una severidad teórica

superlativa con la mayor laxitud práctica? ¿Cómo lo más odiado puede ser a la vez lo más practicado y la abominación general del engaño convivir de forma tan abierta con su práctica universal? Este compuesto anómalo de dos elementos tan contrarios es el producto de una historia perversa que ya hemos olvidado. Tal historia de intolerancia homicida tuvo un principio bien definido, una suerte de explosión absolutista en los orígenes de Occidente cuyos rescoldos están lejos de apagarse. Vamos a rastrear en adelante la génesis incendiaria de la sinceridad absoluta.

Este libro que tiene el lector en sus manos se ocupará de trazar la genealogía del rigorismo que nos envuelve como el aire que respiramos hasta dar con el origen de un tabú verbal tan firmemente asentado en nuestro imaginario que casi nadie lo percibe. Para resolver el enigma del culto a la verdad debemos primero comprender su causa, y para comprender la causa es preciso echar la vista atrás.

BIBLIOGRAFÍA

- Catalán, Miguel. 2014. *Antropología de la mentira*. Madrid: Verbum.
- Feldman, Robert S., James A. Forrest, y Benjamin R. Happ, 2004. Self-Presentations and Verbal Deception: Do Self-Presenters Lie More? *Basic and Applied Social Psychology*, XXIV, 2, 163-170.
- Jellison, Jerald M. 1977. *I'm sorry, I didn't mean to, and other lies we love to tell*. Nueva York: Chatham Square Press.
- Johnson, Samuel. 1825. On Lying. En *The Works of Samuel Johnson IV. The Adventurer and Idler*. Londres: Talboys and Wheeler.
- Moskowitz, Michael. 2010. *Reading Minds: A Guide to the Cognitive Neuroscience Revolution*. Londres: Karnac.
- Rosenberg, Robin S. 2011. I never lie. En *Psychology Today*. Disponible en <http://www.psychologytoday.com/blog/the-superheroes/201104/i-never-lie>.